EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA RESURRECCION DE LÁZARO,

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1878.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Á las puertas del cielo	1	D. J. Jackson Veyan	Todo.
Breton	1	Emilio Ferrari	»
Caridad y abnegacion	1	Sres. G. Saenz Diez y A. de Larra	»
Cazar con liga	1	D. Eduardo Inza	»
Contra la fuerza la astucia	1	Senen Lopez	»
Dos enemigos íntimos	1	E. Zamora y Caballero	»
El mejor juez, la conciencia	1	L. Parejo y Reina	»
El que escupe al cielo	1	Guillermo Perrin	»
El tesoro de los sueños	1	José Jackson Veyan	»
El viejo Miloch ó la guerra de Servia	1	Leopoldo Parejo	»
Enciclopedia	1	Calixto Navarro	»
Hidalguía Castellana	1	Senen Lopez	»
La agencia matrimonial	1	D.ª Asuncion Lozano	»
La chaqueta parda	1	D. José Jackson Veyan	»
La justicia de Dios	1	L. Parejo y Reina	»
La ley del trabajo	1	Mariano Chacel	»
La morena y la rubia	1	Emilio Álvarez	»
La primera noche	1	Mariano Chacel	»
La sombra negra	1	E. Jackson Cortés	»
Los obstáculos	1	Sres. E. Navarro y J. Escudero	»
María	1	D. José María Nogués	»
Me caso	1	Estéban Garrido	»
Para el corazon no hay clases	1	L. Parejo y Reina	»
Quien á hierro mata	1	Emilio Ferrari	»
Quien no se vence á sí mismo	1	Leopoldo Parejo	»
Soñar despierto	1	Leopoldo Parejo	»
Una balsa de aceite	1	Pedro María Barrera	»
Una casera modelo	1	D.ª Asuncion Lozano	»
Una justa literaria	1	D. Leopoldo Vazquez	»
Un pollo fiambre	1	E. Jackson Cortés	»
Una tempestad de verano	1	Julio Nombela	»
Un conspirador	1	Navarro	»
Un detalle de la vida	1	Adelardo de la Calle	»
El jornalero	2	Emilio Álvarez	»
El señor de Manzanillo	2	Salvador M. Granés	»
El sombrero del ministro	2	Sres. Nombela y Castillo	»
La resurreccion de Lázaro	2	D. Enrique Gaspar	»
Para tal culpa tal pena	2	D. José Echegaray	»
Para una coqueta un viejo	2	Miguel Echegaray	»
Verde y madura	2	Sres. P. M. Barrera y E. G. Bedmar	»

LA RESURRECCION DE LÁZARO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Corregir al que yerra.....	Comedia en un acto, origina en verso.
El onceno no estorbar.....	Id. en un acto, id. id.
La escala del matrimonio..	Id. en tres actos, id. id.
Candidito. (Segunda edicion.)	Id. en un acto, id. id.
No lo quiero saber.........	Id. en un acto, id. id.
¡Pobres mujeres! (3.ª ed..)	Id. en un acto, id. id.
El piano parlante...........	Id. en tres actos, id. id.
El sueño de un soltero....	Id. en un acto, id. id.
Moneda corriente...........	Id. en tres actos, id. id.
Cuestion de forma..........	Id. en tres actos, id. id.
El jugador de manos......	Comedia en tres actos arreglada del francés.
Las circunstancias..........	Id. en tres actos y en prosa, original.
La chismosa..................	Id. en tres actos y en verso. original.
La levita. (Segunda edicion.)	Id. en tres actos, en prosa, original.
Don Ramon y el Señor Ramon......................	Id. en tres actos, en prosa, original.
La Can-canomanía..........	Sátira en un acto.
Los niños grandes...........	Comedia en tres actos, en prosa, original.
El estómago..................	Comedia en tres actos, en prosa, original.
Atila..........................	Drama en tres actos, en verso, original.
La Nodriza..................	Comedia en dos actos, id., id.
Las sábanas del cura.......	Boceto en un acto, id. id.
La resurreccion de Lázaro.	Juguete cómico en dos actos y en prosa.

LA RESURRECCION DE LÁZARO,

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR.

Representado por primera vez en el Teatro de la ALHAMBRA el 7 de Enero de 1878.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
FAUSTA	SRTA. D.ª AMELIA FERNANDEZ.
AURORA	CÁRMEN GONZALEZ.
DOÑA MÁRCIA	CONCHA SOLÍS.
LÁZARO	SR. DON MANUEL CATALINA.
TADEO	MANUEL PASTRANA.
DON GAUDENCIO	JOSÉ ALVERÁ.

ACTO PRIMERO.

Una bohardilla, habitacion comun de Lázaro y Tadeo. Puerta en el fondo y formando ángulo con ella, un biombo que oculta dos camas. Algunos yesos deteriorados y bosquejos al óleo y al lápiz adornan las paredes. Una escasa docena de libros rotos colocados sobre una tabla, constituyen la biblioteca. El mobiliario lo componen tres sillas viejas y una mesa desnivelada, sobre la cual, entre otros objetos, hay una baraja y un flautin. Delante de una ventana se ve un caballete con un enorme lienzo, en cuyo centro está pintado el pueblo israelita con sus ganados, bebiendo el agua que Moisés hace brotar de la peña de Horeb, los lados del cuadro los llena esta inscripcion: «Casa de comidas.» Entre los objetos de adorno y de córte, figuran un tambor y una trompeta. Al levantarse el telon, Lázaro da las últimas pinceladas al cuadro y Tadeo consulta un libro do medicina.

ESCENA PRIMERA.

LÁZARO y TADEO.

LAZARO. Se acabó. El dueño podrá venir esta misma tarde á recoger su muestra y nuestros oidos recrearse con el armonioso campanilleo de los veinte duros de su importe.

TADEO. Barato es para la gente que se lleva.

LAZARO. Le sale á diez cuartos por cabeza, inclusas las de ganado.

TADEO. Y las letras de balde.

LAZARO. Porque son bellas, y ese es el tipo á que hoy se cotiza la literatura.

TADEO. Lo que no me explico, es que como alegoría para un bodegon se elija á Moisés haciendo brotar el agua de una peña.

LAZARO. Es muy sencillo. ¿No son los callos la especialidad del establecimieuto?

TADEO. Sí.

LAZARO. Pues el cuadro no puede ser más alegórico.

TADEO. Porque hay reses vacunas?

LAZARO. No, porque todos los israelitas van con los piés descalzos.

TADEO. Me convencistes.

LAZARO. Ese mismo argumento le presenté al comprador, y merced á mi lógica, mi pobre peña de Horeb, rehusada en tres exposiciones, ha encontrado acogida en su casa con sólo añadirle esos dos como á modo de brazos de tela sobre que campea el rótulo.

TADEO. Merced al cual, logras que tu cuadro hable con el público.

LAZARO. Sí, pero este puede decirse que habla por los codos. Hombre, bostezo!

TADEO. Tendrás hambre; como ayer no comimos!

LAZARO. Entónces no hago caso; este bostezo es de la víspera. En breve poseeremos cuatro monedas de á cinco duros y hay que enseñarle al estómago el almanaque de la esperanza para que no cometa anacronismos.

TADEO. Qué hora debe ser ya?

LAZARO. Muy cerca de los cuatrocientos reales.

TADEO. Supongo que comeremos á los veinte duros?

LAZARO. En punto. ¿Tienes tabaco?

TADEO. No, pero ayer fumamos aún.

LAZARO. Es verdad.

TADEO. De modo, que fiscalizando bien las costuras de los bol-

sillos, acaso hallemos partículas contumaces.

LAZARO. Hé aquí un sumando. (Escurriéndose los bolsillos.)

TADEO. Hé aquí el otro. (Escurriéndose los suyos y haciendo un cigarro con el tabaco que reunen.)

LAZARO. Qué da la adicion?

TADEO. Un número díjito. (Presentándole el cigarro.)

LAZARO. ¡Cómo! ¿un solo cigarro?

TADEO. No creo que necesites dos á la vez.

LAZARO. Pero y tú?

TADEO. Yo voy á dejar el vicio; me ensucia los dedos.

LAZARO. ¡Siempre sacrificándote por mí, hasta en las cosas más pequeñas! Basta. El que saque la carta mayor se lo fuma.

TADEO. Pero...

LAZARO. Un rey. (Levantando una carta.)

TADEO. Un as... (Levantando otra.)

LAZARO. Ganaste.

TADEO. No, perdí. El as no marca más que uno,

LAZARO. Pero cuenta once.

TADEO. Debiste estipularlo.

LAZARO. Dirimamos la contienda. Juguémoslo al as de oros.

TADEO. Da.

LAZARO. Corta; as en puerta, es tuyo.

TADEO. Ahora déjame que te lo regale, Lázaro.

LAZARO. Es mucho cuento! Concluyes por humillarme con tanta preferencia. Nada, partamos como hizo San Martin con su capa, chupada el uno chupada el otro. (Encendiendo el cigarro que se pasan fumando por turno.)

TADEO. Diríase que te enoja el cariño que te profeso.

LAZARO. No es eso, Tadeo, sino que parece que te halaga el deprimirte por el sólo placer de ensalzarme, y eso no es equitativo.

TADEO. Deja que te manifieste así mi reconocimiento. No me sacaste de nuestra aldea para traerme á Madrid á estudiar la carrera de medicina, cuyos gastos no pueden sufragar mis pobres padres? No has compartido conmigo todas las vicisitudes de tu existencia?

LAZARO. Valiente mérito, que cuando mi suerte era próspera y

yo me encontraba solo en el mundo, trocase un puñado de oro por los beneficios de tu cariño fraternal! Pero despues, cuando la fortuna voluble y caprichosa como mujer, nos volvió las espaldas, ¿no has sido tú harto diligente en pagar con exceso tu deuda de gratitud? (Rehúsa el cigarro que Tadeo le ofrece.) Fuma dos veces, que yo he repetido inadvertidamente en mi arranque oratorio.

TADEO. Calla!

LAZARO. No callo. Tú te has convertido en enfermero de la humanidad doliente, y te pasas las noches en vela por aportar el salario de un ejercicio que te desdora y repugna. Antes de ayer, sin ir más lejos, tuvimos un festin de Lúculo con el producto de una aplicacion de sanguijuelas.

TADEO. En cambio tú trasnochas copiando papeles para los teatros.

LAZARO. Eso nos procura fuero militar. Formamos parte del cuerpo de alabarderos.

TADEO. Sí, pero tu salud se resiente.

LAZARO. Y dale con la salud. Desde que sabes que estoy atacado de una enfermedad incurable, ni vives ni sosiegas.

TADEO. Incurable? ¿Tú enfermo? Ya te he dicho que no tienes más que el cansancio producido por las vigilias.

LAZARO. Si creerás habértelas con un niño ó con una tímida mujer? La muerte es una transicion ordinaria, como la denticion ó la adolescencia; un fenómeno natural que Dios ha colocado en el término de la vida.

TADEO. Ahora te da por hacerte el interesante.

LAZARO. Pues hombre! ¿Crees que no reparo en que te pasas la vida estudiando la tísis lenta?

TADEO. Porque pienso dedicarme á esa especialidad.

LAZARO. Porque ves que cada quince dias hay que estrechar una pulgada la trincha de mi pantalon.

TADEO. Lázaro!

LAZARO. Está bien. No hablemos más de ello. (Oyendo una polka brillante, ejecutada al piano.) ¡Ah! Fausta!

TADEO. Ya ha vuelto de dar sus lecciones?

LAZARO. Y nos anuncia su llegada con la consabida polka. Voy á acusarla el recibo. (Acompaña con su flauta la polka que toca Fausta.)

TADEO. (Ap.) (Cuánto se aman! Á defecto de la propia, es un consuelo asistir al espectáculo de la dicha ajena. ¡Pobre Lázaro!... Qué no daría yo por hacerle venturoso y devolverle la salud?)

LAZARO. (Dejando el flautin.) Decididamente los signos convencionales que el amor elige para la inteligencia, son la taquigrafía del sentimiento. Con estos compases, que en un indiferente hubieran despertado á lo sumo la comezon de bailarlos, Fausta y yo nos hemos dirigido todo un discurso de cortesía y de cariño.

TADEO. Y á qué altura se hallan vuestros amores?

LAZARO. Á noventa y siete escalones sobre el nivel de la calle, y á cuatro repeticiones de polka por dia.

TADEO. ¿Pero no te has declarado aún?

LAZARO. Todavía no.

TADEO. Por qué?

LAZARO. Porque para declarar cualquier bulto, hay que clasificarlo, y yo no sé á qué grupo acogerme en el arancel de la aduana matrimonial.

TADEO. Cómo?

LAZARO. Si me considero emfermo, no soy artículo de libre circulacion, pues amenazo contagiar á las mercancías que se pongan en contacto conmigo, y sobre todo á los productos que se elaboren en mi primera materia.

TADEO. Y vuelta con la manía de tu enfermedad!

LAZARO. Nada, me curo de repente para evitar otra discusion inútil. Si me declaro pobre, estoy seguro de que me decomisan como género de ilícito comercio en el mercado de la coyunda.

TADEO. Eso es poco lisonjero para Fausta, á quien creo incapaz de posponer el cariño á la conveniencia.

LAZARO. Corriente. Me precintan y circulo. Pero dime: ¿y si mi declaracion resulta falsa y con marca apócrifa traspu-

siese la aduana cometiendo un fraude?

TADEO. Eso último no lo entiendo.

LAZARO. Tadeo. ¿Tú no amas á Fausta?

TADEO. ¿Yo? (¿Sabrá algo?) Me ofendes juzgándome capcioso.

LAZARO. No, sino que me quieres tanto, que serías capaz por verme dichoso de sacrificarte tú y de sacrificar á esa criatura, que acaso desearía darte la preferencia.

TADEO. Y es ese el único motivo que demora tu declaracion?

LAZARO. Si no es el único es á lo ménos el más poderoso.

TADEO. Pues quememos las naves.

LAZARO. Cómo?

TADEO. Llama á la portera.

LAZARO. Pero...

TADEO. Hazla subir, dame gusto.

LAZARO. La llamo con el toque de los casos apremiantes ó basta el de las circunstancias comunes?

TADEO. El que quieras.

LAZARO. No procedamos autoritariamente. Guardémosla las consideraciones que reclama una señora á quien debemos tres meses de salario. (Coge el tambor y toca marcha con él acercándose á la puerta.) Ántes de un cuarto de hora la teneis aquí. Pero dime al ménos, de que se trata?

TADEO. De una carta que vas á escribir á la vecina declarándola tu pasion, y que doña Márcia va á trasmitirla sin perder minuto.

LAZARO. Chico!

TADEO. Es la sola manera de probarme que no dudas de mi amistad.

LAZARO. Es que yo...

TADEO. No la amas?

LAZARO. Quién si no el amor me hubiera hecho aprender á tocar este instrumento?

TADEO. No te crees correspondido?

LAZARO. Musicalmente creo que sí.

TADEO. Pues aquí hay tinta y papel; manos á la obra.

LAZARO. (Viéndola entrar.) ¡Calle, doña Márcia tan pronto? Ha confundido usted el toque?

ESCENA II.

DICHOS y DOÑA MÁRCIA.

MARCIA. No señor, sino que por casualidad me encontraba en la bohardilla de al lado.

LAZARO. En la de la vecina?

TADEO. Vamos, despáchate.

MARCIA. Por cierto que tenía que pedirles á ustedes un favor en beneficio de mi comodidad.

LAZARO. Hable usted. Salvo el pagarle los atrasos, todo le será concedido.

MARCIA. Quisiera que cuando necesiten de mí, aprovechen la ocasion en que la señorita Fausta me llame, y de ese modo me ahorro algunas subidas y puedo hacer de una vez dos mandados.

LAZARO. ¿Y cómo averiguar nosotros cuando la llama ella á usted?

MARCIA. Es muy sencillo. Cada vez que oigan ustedes tocar al piano esa polkita, que ya saben de memoria todos los vecinos, es que se reclama mi presencia.

LAZARO. ¿Qué? (Desilusionado por la ventana.)

TADEO. Chico!

MARCIA. Sí, porque una campanilla no se oye desde abajo; y como cuando pusimos un cordel que iba hasta mi cuchitril, había muchos chuscos que se entretenían en tirar de él por el solo placer de molestarme, la señorita Fausta ha apelado á este recurso.

TADEO. Como nosotros al del tambor.

MARCIA. Y ese ménos mal; pero cuando tocan ustedes la trompeta y me hacen subir echando los bofes!...

LAZARO. ¡Adios, ilusiones mias! Yo que había hecho el sacrificio de comprarme un flautin para hablarnos en corcheas!

TADEO. Pero ¿está usted segura que esa polka no encierra una segunda intencion?

MARCIA. Cuál?

LAZARO. Ninguna, venerable anciana.

Tadeo. Sí señora, la de manifestarle su simpatía á Lázaro.

Marcia. Y quién dice que no? (Sonriendo maliciosamente.)

Tadeo. Lo ves?

Lazaro. Cómo? (Con inmensa alegría.)

Marcia. El que sirva para llamarme no impide lo otro.

Lazaro. Oh! placer supremo!... Tiene usted ahí una peseta, doña Márcia?

Marcia. Si señor. (Dándosela.)

Lazaro. Démela usted. (Devolviéndosela con énfasis.) Ahora dígnese usted aceptarla, como recompensa de nueva tan feliz.

Marcia. Pero...

Lazaro. La debo á usted treinta y cuatro cuartos más. Diga usted, qué piensa Fausta de mí?

Marcia. Lo que usted piensa de ella. Cuando la acompaño á dan las lecciones de música á sus discípulas no nos ocupamos más que de usted, y ya en casa todo se la vuelve tocar la polka para que suba á hablarla del mismo asunto.

Tadeo. Te convences?

Lazaro. Doña Márcia! Vuelváme usted á prestar esa peseta. (En el colmo de la alegría.)

Marcia. Deje usted, la añadiremos á las otras.

Tadeo. ¡Vamos! Siéntate y escribe.

Lazaro. Voy á complacerte. (Pónese á escribir una carta; entre tanto Márcia y Tadeo hablan ap.)

Marcia. Me parece que para portera soy un modelo de discrecion.

Tadeo. Crea usted que la quedo reconocido. Que no sepa nunca que yo he tenido pretensiones sobre Fausta.

Marcia. Eso es abnegacion!

Tadeo. Su salud y el cariño que le profeso lo exigen.

Marcia. Y cómo va? ¿mal?

Tadeo. Por desgracia.

Lazaro. Ya está. Es corta; pero buena. Escucha. (Leyendo.) «Señorita: no tengo nada, pero cuanto poseo lo pongo »á la disposicion de usted. Esta traduccion escrita de

»nuestros diálogos musicales tiene la pretension de ser »exacta y espera tan sólo que usted la sancione. Besa »respetuosamente sus piés, etc.»¿Que te parece?

TADEO. Espartana.

LAZARO. Doña Márcia. Va usted á hacerme el favor de llevar este billete á nuestra encantadora vecina, y si la respuesta es favorable...

MARCIA. Volverá usted á pedirme prestado?

LAZARO. Mejor que eso. Amortizaremos hoy mismo parte de nuestra deuda.

MARCIA. Voy en seguida. (Tomando la carta.) Ah! Á propósito de cartas. En el bolsillo tengo una que esta mañana ha traido el cartero para usted. (Dándosela.)

LAZARO. Para mí? Imposible, soy solo en el mundo y no conozco á nadie.

MARCIA. Sin embargo, las señas...

LAZARO. Sí, son mortales. Tal vez me encarguen algun cuadro. En fin, lo otro es lo que urge. Vuele usted.

MARCIA. Volar! son ya sesenta!

LAZARO. No, cincuenta y seis.

MARCIA. Mis años?

LAZARO. Creí que hablaba usted de los reales que se la deben.

MARCIA. Cada loco con su tema. (Váse.)

ESCENA III.

LÁZARO y TADEO.

LAZARO. Quién podrá escribirme?

TADEO. Abre la carta y saldrás de dudas.

LAZARO. Y es bastante voluminosa... Si nos avisarán alguna herencia?

TADEO. Tú no tienes tios en Indias?

LAZARO. Si yo tuviera tios tendría algo.

TADEO. Vamos, lee.

LAZARO. (Abre la carta y ve una letra de cambio doblada.) Eh! ¿Qué es esto? Si la memoria no me es infiel, este papel así doblado se parece como dos gotas de agua á las letras de

cambio que nos mandaban en épocas más bonancibles.

TADEO. En efecto, ¿á ver?

LAZARO. No, leamos ántes. Un susto en estas circunstancias podría sernos fatal.

TADEO. ¿Quién firma?

LAZARO. Un desconocido.

TADEO. Entónces es una broma.

LAZARO. Sentémonos para precaver las consecuencias de una emocion. (Leyendo.) «Caballero: Hace seis dias he tenido el gusto de visitar su estudio.»

TADEO. ¡Ah! Será aquel señor inglés que á cada cuadro que le presentabas, no hacía más que mirarte y decirte—chókig—y que se fué sin comprar nada.

LAZARO. No puede ser otro. En un año no he tenido más clintela que él y el bodegonero.

TADEO. Sigue!

LAZARO. «Estoy seguro que las Bellas Artes no vestirán luto el »dia en que usted las abandone.»—Me adula—«Sin embargo, siento por usted un afecto particular que se ex»plica bien fácilmente. Es usted el vivo retrato de mi »hijo único, á quien he tenido la desgracia de perder »hace ocho meses, cuando contaba precisamente la edad »de usted?»

TADEO. Eso es que te encarga su retrato y te lo paga con antelacion.

LAZARO. Y los ingleses pagan bien! «Yo poseo una fortuna de »tres millones de libras esterlinas.»

TADEO. Qué bárbaro!

LAZARO. Quince millones de duros! Le voy á proponer que nos adopte.—«Fortuna que sin mi hijo casi me es enojosa.» Pues tiene más que regalárnosla?

TADEO. Esos ingleses son lo más originales!

LAZARO. «En mi calidad de médico he creido ver en usted las »huellas de una enfermedad que nosotros llamamos el »cólico del pintor, y que reconoce por causa la aspira»cion constante de los ingredientes que están compues»tos los colores.» Valiente médico serás tú!

TADEO. ¿Y por qué no?

LAZARO. Adelante. «Le prohibo á usted que vuelva á tocar los »pinceles, pues al velar por su salud creo hacerlo por la »de mi hijo.»—Pues que me mantenga.—«Soy pobre, »me dirá usted »—Chico, empiezo á conmoverme.— «Adjunto es á la vista una letra por veinte mil reales.»

TADEO. Qué? (Reconociendo la letra.)

LAZARO. Veinte mil reales! No, bromas de esta especie no debían permitirse.

TADEO. Qué broma... Si es un documento intachable! Lee, lee.

LAZARO. No puedo, se me va la vista. Prosigue tú.

TADEO. (Leyendo.) «Hágala usted efectiva, provéase de cuanto »necesite para el viaje y persónese usted en la casa de »comercio del señor Heredia, de Málaga.»

LAZARO. ¿Y para qué?

TADEO. «No trate usted de averiguar mi nombre; todo será inú»til. Pero acepte usted en el de mi hijo el donativo que »para usted he entregado al señor Heredia, de... dos »mil... veinte mil... doscientos mil...»

LAZARO. Hombre, acaba! ¿Cuántos ceros hay?

TADEO. Seis, Lázaro, seis!

LAZARO. Dos millones! (Cerciorándose.)

TADEO. Sí, dos millones de reales; abrázame.

LAZARO. Nuño, no puedo más, sosténme, amigo. (Se deja caer en brazos de Tadeo.)

TADEO. Te sientes mal?

LAZARO. Al contrario, me siento muy bien. Oh, Albion, bendito seas! Tú me has dado á conocer la verdadera posicion de tus hijos, pues hasta hoy todos los ingleses que yo conocía figuraban en el pasivo de mi balance. Tú has disipado las nieblas que me envolvían, y de las doce de la noche me has trasportado á las doce de la mañana en el horario de mi existencia! Tadeo! Ya somos ricos.

TADEO. Lo eres tú.

LAZARO. Cómo! Rehusarías compartir conmigo esta fortuna?

TADEO. Por supuesto. Te pertenece exclusivamente.

LAZARO. Bueno, bueno. No es esta ocasion de discutir. El que

ha sido solidario conmigo de los bostezos, está en deber de serlo en las indigestiones. Pellízcame, Tadeo.

TADEO. Pero...

LAZARO. Pellízcame. Más fuerte. Así! me duele, no sueño. Comeremos todos los dias, nos vestiremos con la estacion y tendremos la chimenea encendida perpétuamente para resarcirnos de los frios de los pasados inviernos.

TADEO. Opino que sigas la máxima inglesa de, el tiempo es oro, y que dejando para otra ocasion tus declamaciones te ocupes de lo que importa.

LAZARO. Tienes razon; convinemos el plan. Lo primero es cobrar la letra. De eso te encargas tú, porque si voy yo, de fijo, me desmayo al ver tanto dinero junto.

TADEO. Corriente. Pon el recibí. (Lázaro lo hace.) Precisamente el cajero de la casa pagadora es nuestro amigo Gabriel.

LAZARO. Yo saldré contigo para encargar en la fonda contigua un banquete, un festin, una orgía de dos cubiertos. Toma un coche por horas que conservaremos hasta mañana al amanecer. ¿Si Fausta quisiera aceptar nuestra invitacion?

TADEO. Puede que sí.

LAZARO. Oh! es preciso corregir la carta que ántes la mandé. Hay que ponerle una postdata de dos millones.

TADEO. Dices bien.

LAZARO. Llamemos á Doña Márcia.

TADEO. Con la trompeta, caso apremiante.

LAZARO. Y con el tambor. Así se la indica que debe venir despacio, á fin de que suba más pronto. (Lázaro bate marcha con el tambor mientras que Tadeo toca la trompeta.) Aprieta sin temor. Tenemos el derecho de alborotar; somos los inquilinos más capitalistas de la casa.

ESCENA IV.

DICHOS, DOÑA MÁRCIA.

MARCIA. (Entrando azorada.) Jesús! ¡Qué escándalo! ¿Qué es lo que ocurre? Hay fuego?

LAZARO. Hay dinero, Doña Márcia, que es el primer combustible de la tierra. Mire usted. (Enseñándole la letra.) Esto vale mil duros!

MARCIA. ¡Mil duros!

LAZARO. Sí señora. Esto se llama letra de cambio, y es como si díjéramos onzas en lata, riqueza en glóbulos, extracto Liebig de dinero!

MARCIA. Qué cosas inventan los hombres! ¿Pero de dónde ha llovido ese fortunon?

TADEO. Del otro lado del Canal de la Mancha.

LAZARO. ¡Fortunon! Llama fortunon á una miseria, á una bicoca! Portera, estos mil duros son al grueso de nuestra riqueza lo que una escuadra de gastadores á un regimiento de tres mil plazas.

TADEO. Lo que un plato de aceitunas á la lista de una comida de boda.

LAZARO. ¿Entregó usted el billete á Fausta?

MARCIA. De hacerlo vengo.

LAZARO. Tan pronto! Pero no importa. Y ¿qué ha dicho?

MARCIA. Se ha enjugado una lágrima.

LAZARO. ¿Sí? La secaremos.

TADEO. Por supuesto, de felicidad.

MARCIA. Lo presumo.

LAZARO. Los extremos se tocan, y cuando la alegría va más allá de sus límites naturales, invade los dominios de la tristeza y se manifiesta con el traje del dolor.

TADEO. Sepa usted que Lázaro es rico. Posee cien mil duros.

MARCIA. Ave María Purísima! Qué me cuentan ustedes?

LAZARO. La verdad. Se acabaron las privaciones.

MARCIA. Estoy atónita. ¿Alguna herencia?

LAZARO. Una cuestion de trazos. He tenido la suerte de parecerme á un muerto.

MARCIA. Sea enhorabuena.

LAZARO. Hoy mismo quedaremos en paz y será usted poseedora de una propina en especie que reemplace á las que en gratitud y reconocimiento ha recibido usted hasta hoy. Conque, Tadeo, en marcha. Ten la letra, dame el bra-

zo y que el viento de la prosperidad impela hoy nuestro bajel por el extenso piélago de la dicha. (Pónense los sombreros.)

TADEO. Yo á cobrar la libranza.

LAZARO. Y yo á preparar la comida.

TADEO. Oro ó papel?

LAZARO. Hasta cobre. Todas las clases de numerario deben figurar en esta revista monetaria.

TADEO. Encarga langosta.

LAZARO. Por supuesto. Se la daremos al estómago en plaga para que destruya nuestra cosecha de inanicion.

TADEO. Hasta luégo, doña Márcia.

LAZARO. Salud, anciana respetable.

MARCIA. Vayan con Dios los cresos.

LAZARO. Si encuentro en la calle á Salamanca le convido.

TADEO. ¿Le conoces?

LAZARO. No, pero entre colegas... (Vánse.)

ESCENA V.

DOÑA MÁRCIA.

Válgame Dios. Si no vuelvo de mi asombro. Ayer llenos de trampas y deudas y hoy convertidos en unos capitalistas. Voy á arreglar un poco este cuarto. Hay que redoblar las atenciones ahora que tienen dinero. Pues la que va á bailar en un pie cuando lo sepa, es la vecinita Fausta; héla ahí como de costumbre, puesta de muestra en su ventana. (Se asoma á la del cuarto y habla con Fausta.) Gran noticia, señorita Fausta. Venga usted, venga usted un momento; no hay nadie, se han marchado y Dios sabe cuándo volverán. Ya viene. Ahí es nada! Encontrarse con que la pide en matrimonio un hombre que la dice que no tiene nada y que luégo resulta tener talegas á centenares.

ESECNA VI.

DOÑA MÁRCIA y FAUSTA, y á poco LÁZARO.

FAUSTA. ¿Han salido!

MARCIA. Como unos cohetes. Amigo, amigo. Déjeme usted que la dé la enhorabuena.

FAUSTA. Y quién sabe, doña Márcia, si debo admitirla?

MARCIA. Pues podía usted quejarse, cuando parece que Dios se digna llover dones sobre usted.

FAUSTA. Ciertamente que el cariño que profeso á Lázaro hace que su preferencia me lisonjee; pero ¿quién me asegura que no es todo puro devaneo de su parte?

MARCIA. Sí, sí, devaneo, y no vive más para usted.

FAUSTA. De veras?

LAZARO. (Ap. y entrando sin ser visto.) (He pensado que lo primero es invitar á Fausta, por si son tres en vez de dos los cubiertos que debo encargar. (Viéndola.) Qué veo! ¡Ella aquí... y con la portera! ¿Qué dirán? apuesto á que hablan de mí.) (Se esconde detrás del biombo.)

MARCIA. Por supuesto que contestará usted á su carta?

FAUSTA. No sé si debo... Pero dígame usted, ¿qué noticia es esa de que me hablaba usted hace poco?

MARCIA. La más estupenda. Figúrese usted que don Lázaro acaba de heredar nada ménos que dos millones de reales!

FAUSTA. Sí? ¿Tanto? (Sorprendida y con sentimiento.)

MARCIA. Vaya.

FAUSTA. Pero cómo?

MARCIA. No sé. Creo haber entendido que es porque parece ser un muerto. En fin, el resultado es que los tiene, y que casándose con él será usted rica.

FAUSTA. Qué lástima.

MARCIA. Se diría que lo siente usted.

FAUSTA. Mucho.

MARCIA. Qué aberracion.

FAUSTA. Doña Márcia, lo que acabo de saber me regocija infini-

tamente por Lázaro; pero en estos momentos, una respuesta afirmativa por mí parte no argüiria deseo de especular con su cariño?

LAZARO. (Oh! Corazon de oro) (Sacando la cabeza por el biombo.)

MARCIA. Esos son escrúpulos ridículos. Si usted le amó pobre, ¿va usted á dejar de amarle porque tiene fortuna? Cásese usted, hija, que los duelos con pan son menos.

FAUSTA. Y ¿no es de temer que con su nueva posicion se entibie su cariño hácia mí? Si por un exceso de delicadeza mantuviese su palabra y fuese yo obstáculo para que contrajera un enlace ventajoso...

MARCIA. Qué mayor ventaja que unirse á una mujer honrada, hacendosa y huérfana por añadidura!

FAUSTA. Preferiría el modesto porvenir que yo soñaba. Yo hubiera trabajado para los dos, y él habría encontrado en el reposo la salud que la fatiga y las privaciones le han hecho perder.

LAZARO. (Ap.) (Cuánto va á que presento mi dimision de rico?)

MARCIA. Esa es otra cuestion. Que don Lázaro está muy malo no cabe duda, y yo, en lugar de usted, lo pensaría mucho ántes de decidirme.

FAUSTA. Dios es misericordioso, y rodeándole de cuidados y de solicitud, Lázaro lograría reponerse.

MARCIA. No lo crea usted.

FAUSTA. Cómo?

LAZARO. (Á que la dejo viuda ántes de casarme con ella!)

MARCIA. Ayer, sin ir más léjos, al bajar el doctor Gonzalez de visitar al inquilino del cuarto segundo, se encontró con el señorito don Tadeo. La conversacion recayó sobre don Lázaro como de costumbre; pues sin que éste lo sepa, su amigo, que le quiere con idolatría, no hace más que consultar á cuanto médico ve acerca de su enfermedad. Pues bien, el doctor Gonzalez pronunció esta terrible sentencia. Está perdido; á la caida de la hoja se nos va.

FAUSTA. Oh, no puede ser! (Alarmada.)

LAZARO. (Imbécil de portera. La ha asustado. Tenía más que de-

círmelo á mí, y yo la hubiera ido preparando poco á poco!)

MARCIA. Yo sé que la doy á usted un disgusto; pero vale más que lo sepa usted ántes, porque... en fin, yo no soy habladora; pero á veces por callar sobrevienen desgracias, que con una palabra oportuna podrían evitarse.

FAUSTA. Qué quiere usted decir?

MARCIA. Que si la riqueza imprevista de don Lázaro no la seduce á usted, y por otra parte, su enfermedad parece estar indicando que esa boda debe dejarse sin efecto, no es justo que álguien que se está imponiendo un sacrificio sobrehumano, se quede sin la recompensa que merece su conducta.

FAUSTA. No entiendo.

MARCIA. Pues ea, clarito, que don Tadeo la ama á usted.

FAUSTA. ¿Es posible? (Sorprendida.)

LAZARO. Qué oigo! Egoista? (Ap. con profunda amargura.) (Me lo ocultaban sabiendo que sólo faltan dos meses para que los árboles se vistan de otoño.)

MARCIA. Un dia, hace ya bastante tiempo, en sazon en que había usted salido á sus lecciones, me dió una carta para que se la entregara á usted cuando entrase; pero á los pocos momentos le veo bajar todo azorado gritándome, la carta, la carta... Se la devuelvo, y respirando entónces más tranquilo, me dice:—Acabo de descubrir que Lázaro ama á Fausta. Para mí él es ántes que todo el mundo. Si trasluce, ni remotamente, que yo he solicitado el cariño de esa niña, soy capaz de matarla á usted. Qué abnegacion la suya y qué discrecion la mia! Porque aunque se lo confío á usted, lo que es don Lázaro no sabrá ni una palabra por mi boca.

LAZARO. (Está bien, se acabó todo.)

FAUSTA. Me ha hecho usted mucho daño en sus revelaciones.

MARCIA. Hija mia, yo se lo he dicho á usted por su bien. Ahora forme usted su composicion de lugar, que cada cual hace de su capa un sayo.

FAUSTA. La dejo á usted.

Marcia. Tan pronto?

Fausta. Pueden venir.

Marcia. Es verdad, la prudencia es la madre de la ciencia.

Lazaro. (Pero la ciencia no tuvo nunca á una portera por madre.)

Fausta. Hasta luego. Necesito reposo.

Marcia. Llámeme usted si quiere algo.

Fausta. (Por qué habrá hablado esta mujer? Era yo tan feliz en mi ignorancia! (Váse.)

ESCENA VII.

DOÑA MÁRCIA, LÁZARO.

Marcia. Pobrecita! Se comprende que la aflija su situacion; pero es preferible que sepa á qué atenerse. Luégo, don Lázaro vale mucho; pero su amigo tampoco ¡le va en zaga y tiene un alma angelical. (Viendo á Lázaro que finje entrar en aquel instante tarareando.) ¡Ah! Ya está usted de vuelta?

Lazaro. Sí señora, al entrar he visto á la puerta el coche del doctor Gonzalez.

Marcia. Está visitando al enfermo del segundo.

Lazaro. Pues hágame usted el favor de suplicarle que suba en cuanto haya concluido.

Marcia. Se siente usted mal?

Lázaro. No, sino que como ya soy rico, quiero entrar en el ejercicio de mi nuevo estado sin alifafe alguno que me moleste, y al efecto voy hacer que le eche á mi economía tapas y medias suelas.

Marcia. Hace usted muy bien.

Lazaro. Pues esté usted á la mira para verle salir.

Marcia. Bajaré á prevenirle, es lo más directo.

Lazaro. Como usted quiera.

Marcia. (Ap.) (No harás tú los huesos viejos.) (Váse.)

ESCENA VIII.

LÁZARO, á poco TADEO.

LAZARO. (Tras breve pausa.) Vamos! vamos! Lázaro... resolucion. ¿No eres filósofo? ¿No has observado siempre el principio de no sorprenderte de nada? Pues adelante. Cumple con tu deber, que los grandes recursos son para las situaciones extremas. Las cosas vienen así, y el revolverte contra tu destino sería dar coces contra el aguijon. (Dando una sacudida como para alejar el marasmo con una resolucion enérgica.) Ea! Ya está hecho.

TADEO. Aquí me tienes de vuelta.

LAZARO. Cómo has tenido tiempo de contar tanto dinero en tan poco rato?

TADEO. Echa aquí una (Colocando sobre la mesa mil duros en toda clase de moneda.) ojeada y dime si el Bósforo, el Rhin y la bahía de Rio-Janeiro, pueden compararse al golpe de vista que ofrecen mil duros en todas las clases de moneda en circulacion en los dominios de su majestad católica.

LAZARO. Tambien hay (Mirando con indiferencia.) ochavos morunos.

TADEO. Para recordar el triunfo de nuestras armas en Marruecos. Mira, perros chicos, perros grandes, plata en todas sus manifestaciones, oro con todas sús fisonomías, billetes de todos los tamaños; el numerario, en fin, en todas sus bases, gradaciones y gerarquías. Pero paréceme como que miras con desprecio estos provocativos agentes de la alegría humana.

LAZARO. Al contrario, estoy acariciando un plan en que mi fortuna va á representar el papel de protagonista.

TADEO. ¿Y qué plan es ese?

LAZARO. Tadeo, tú amas á Fausta.

TADEO. Yo?

LAZARO. Son inútiles los subterfugios, todo lo sé.

TADEO. Te aseguro...

LAZARO. Basta. Sé tambien que yo las lío muy pronto, en cuanto la hoja caiga.

TADEO. Pero hombre, esto es recibirme á tiros.

LAZARO. Por consiguiente, he pensado hacerte un donativo de quince mil duros.

TADEO. Lo agradezco, pero...

LAZARO. Dotar á Fausta con otra suma igual y casaros.

TADEO. Decididamente te has vuelto loco.

LAZARO. Yo recogeré mi herencia y me marcharé por ahí á gastarme alegremente los setenta mil duros restantes, á razon de tanto por dia, segun los que aún me queden de peregrinacion. No computaré el tiempo sino por el estado de mi peculio, y al desembolsar la última peseta, podré exclamar sin remordimiento: Fin del año, treinta y uno de Diciembre en el almanaque de mi existencia; santo del dia, San se acabó.

TADEO. Por supuesto, que todo esto reconoce por causa alguna habladuría de la portera.

LAZARO. Te engañas.

TADEO. Ahora lo sabré, y si es lo que presumo, la desuello viva.

LAZARO. Escucha!

TADEO. No escucho nada. (Váse precipitadamente.)

LAZARO. Buen viaje. Ahora yo á preparar los baules para la marcha, no será muy larga la operacion. Los sacos ya están medio llenos para que sirvieran de almohadas. (Separa el biombo y toma dos sacos de noche, que hacían el papel de almohadas en su cama, llenándolos de objetos que saca de un armario.) No pondré más que lo mejorcito de mi guardaropa, porque objetos como esta camisa de dormir, no hay para qué llevárselos. Quién va? (Enseñando una hecha girones.)

ESCENA IX.

LÁZARO y D. GAUDENCIO.

GAUD. Da usted su permiso?

LAZARO. Pase usted adelante.

GAUD. Me ha dicho la portera que me llamaba usted, pues aunque nunca he tenido el honor de tratarle, creo tener el de dirigirme á don Lázaro Villegas.

LAZARO. Servidor de usted, tome usted asiento. ¿Es usted el señor doctor Gonzalez?

GAUD. El mismo.

LAZARO. Pues señor doctor, al grano. Cuánto acostumbra usted llevar por una consulta ordinaria?

GAUD. Segun la posicion del cliente.

LAZARO. Principiaré por decirle á usted que yo poseo dos millones de capital.

GAUD. Dos millones, y vive usted tan alto?

LAZARO. Como soy el más rico de la casa he creido deber habitar la bohardilla, á fin de sobreponerme á los demas inquilinos. Conque sus honorarios de usted son?...

GAUD. Gratis para el proletariado; cinco duros para la clase media, y una onza para la nobleza ó la banca.

LAZARO. Pues yo que soy un advenedizo, me tomo la libertad de ofrecerle á usted estos mil reales á condicion de... (Dándole dicha suma.) que va usted á decirme la verdad.

GAUD. Prometo hablarle á usted sinceramente. (Ap.) (Pues sí que es rico.)

LAZARO. Júremelo usted.

GAUD. Se lo juro.

LAZARO. Basta el mirarme para convencerse de que no hay necesidad de anicultacion. No obstante, obsérveme usted á su placer, examíneme con detencion, reflexione lo que quiera y dígame cuánto tiempo, á todo tirar, cree usted que me queda de vida.

GAUD. Hombre, es brutal esta consulta.

LAZARO. Nada de eso; tranquilícese usted. En primer lugar conozco perfectamente mi estado; ademas no soy de los que se asustan porque se les acabe pronto la cuerda; y últimamente, aquí no se trata de salud sino de dinero.

GAUD. Cómo!

LAZARO. Figúrese usted que, como he tenido el honor de decir-

le, poseo dos millones que acabo de heredar. Soy solo en el mundo; no puedo crear familia por no exponer á mis hijos á que contraigan mi enfermedad por sucesion, y por lo tanto, quiero comerme mi fortuna repartiéndola de modo que con el último dia de mi existencia se acabe mi último real.

GAUD. Está muy bien pensado, pero...

LAZARO. No se asuste usted; se necesita comer mucho diariamente; tengo el apetito atrasado.

GAUD. Es que, francamente, por más que sea usted un hombre de temple superior, hay cosas á las que no se sabe responder porque nadie las pregunta.

LAZARO. Yo le facilitaré á usted el camino. Ayer, sin que ustedes me viesen, he oido cómo le decía usted á mi amigo Tadeo que á la caida de la hoja... esto se va.

GAUD. Ah! Usted oyó...

LAZARO. Todo. De manera que está usted cogido en sus propias redes.

GAUD. Sin embargo, debo advertir á usted que ese pronóstico lo hice creyendo á usted sujeto á privaciones y agobiado por el trabajo; pero ahora que con su desahogada posicion puede usted viajar, tomar aguas...

LAZARO. Y vinos.

GAUD. Porque una buena alimentacion, un régimen severo...

LAZARO. Vaya, hablemos como dos cofrades; yo sé algo de medicina. Consideremos la cosa como un caso y...

GAUD. Es que...

LAZARO. En resúmen... ¿Podré tirar un año?

GAUD. ¡Oh! más.

LAZARO. Tres?

GAUD. Hombre!...

LAZARO. Recuerde usted que me ha jurado decir verdad, y que su responsabilidad es inmensa. Conque ¿tres? (Pausa.) ¿Son muchos?

GAUD. Muchos son, ya que es preciso hablar con franqueza.

LAZARO. Pues nada, partamos la diferencia y dejémoslo en dos; ¿acomoda?

GAUD. Sí, dos años con temperancia y método.

LÁZARO. Un bienio, corriente. Es todo cuanto necesitaba saber. No quiero detenerle á usted más, porque para usted el tiempo es oro. Beso á usted la mano.

GAUD. (*Ap.*) (Ahora me despide.) (*Alto.*) Servidor de usted. (*Ap.*) (Ente más original!) (*Váse.*)

LÁZARO. Es francote el tio este. Treinta y cinco mil duros por año; mucho tienen que gastar. Con todo, dándose maña... En fin, concluyamos de poner en órden nuestros bártulos; no me llevo nada que huela á pintura, ya que es una condicion precisa de mi riqueza el no volver á tocar los pinceles! Ah! el flautin. Al bolsillo. (*Lo toma de la mesa y se lo guarda*) Este es el objeto más esencial de mi equipaje.

ESCENA X.

LÁZARO, TADEO, y á poco DOÑA MÁRCIA.

TADEO. Pero, Lázaro, ¿qué es lo que acaba de decirme el doctor? Tú has perdido el juicio.

LÁZARO. Bien me vienes. Ayúdame á arreglar el equipaje.

TADEO. ¿El equipaje?

LÁZARO. Sí, me voy á Málaga esta misma noche.

TADEO. Cómo... me voy... ¿No te acompaño yo?

LÁZARO. No, viajo solo.

TADEO. Pero ¿es que no vas á volver?

LÁZARO. Y qué necesidad hay de venir á daros el espectáculo de una marcha fúnebre.

TADEO. Lázaro, por Dios, dime que todo esto es una extravagancia tuya sin el menor asomo de verdad... Dejarnos para siempre? Separarte de ella y de mí?

LÁZARO. Sí.

TADEO. Eres cruel. Reflexiona...

LÁZARO. Lo hice ya detenidamente, y está todo decidido. Ahora nos vamos á comer juntos, y desde la fonda á la estacion. (*Sigue haciendo el equipaje.*)

MÁRCIA. Yo habladora? Lo veremos.. Que diga don Lázaro si

jamás he abierto mi boca sobre el particular!

Tadeo. (Afligido.) ¡No es esta ocasion de justificaciones, nos abandona, huye de nosotros!

Marcia. Cómo... ¿Se atrevería á darle á usted semejante disgusto? Hay que evitarle á todo trance.

Lazaro. El pantalon de los domingos y el frac de las solemnidades artísticas. (Guardando despues de examinarlas dos piezas de ropa muy deteriodadas.)

Tadeo. (Á Márcia.) Oh! Qué idea! Si hiciese usted venir á Fausta, ella acaso lograría convencerle.

Marcia. Tiene usted razon; voy volando.

Lazaro. Ahora esto á granel. En Málaga aparecerá todo. (Metiendo varios objetos en los sacos y cerrándolo todo.)

Tadeo. Por última vez, Lázaro.

Lazaro. Ah! (Rehuyendo siempre el contestar y persistiendo en su proyecto.) Toma! Aquí te dejo la mitad de estos fondos para que vayas viviendo, mientras te mando lo consabido. (Guardando en el cajon la mitad del dinero que está sobre la mesa y metiéndose el resto en los bolsillos.)

Tadeo. Y ¿crees tú que voy á aceptar tu donativo, cuando ya no es una mano fraternal quien me lo ofrece?

Lazaro. Declamaciones y nada mas que declamaciones. Niégate cuanto quieras yo sabré obligarte á que lo admitas.

ESCENA XI.

DICHOS, FAUSTA y DOÑA MÁRCIA.

Marcia. Sí, entre usted, entre usted. Su presencia es necesaria. Quiere irse.

Lazaro. (Ap.) (Ella!)

Tadeo. ¡Ah! Fausta. Una usted sus ruegos á los mios; interponga usted toda su influencia para que no lleve á cabo su proyecto.

Fausta. ¿Y qué ascendiente puedo yo tener sobre el hombre que se entretiene en alimentar mis esperanzas por el solo placer de destruirlas?

Lazaro. Se refiere usted á mi carta? No haga usted caso... Que un

atolondramiento... una ráfaga... olvídela usted, no sent lo que escribía.

TADEO. Es falso, diga usted que la quiere con delirio...

LAZARO. Callarás.

TADEO. Pero se ha empeñado en que está muy enfermo.

FAUSTA. Y por eso rehuye el calor de la amistad?

TADEO. Y despues, no se quién le ha dicho que yo aspirabas al cariño de usted.

MARCIA. No he sido yo.

TADEO. Y ahí le tiene usted dispuesto á romper los vínculos que nos unen, y empeñado en sacrificarse en aras de lo que él juzga erróneamente nuestra felicidad.

FAUSTA. Puedo aventurar una súplica extrema?

LAZARO. No, Fausta, todo es inútil... Ustedes, los seres privilegiados, discurren con el corazon; nosotros, los razonadores, sentimos con la cabeza. Tomamos el asunto como es en sí. Esto es un calcetin al que se le ha soltado un punto y no tenemos algodon con que zurcirlo... Yo puedo jurarle á usted que conservaré siempre su recuerdo; y tanto es así, que como un anodino para esta enojosa separacion voy á pedirla á usted una gracia. Mientras piense usted en mí no deje usted ni un solo dia de consagrar á mi memoria esa polka en cuyos compases hemos entrelazado tantas ilusiones y leido tantos poemas de ventura. Pero prométame usted solemnemente que desde el momento en que ya no se acuerde usted más de mí; no profanará esa melodía dando lectura á los extraños de ese libro de memorias en que hemos consignado las impresiones de nuestras almas. Así pues, no me guarde usted rencor, y cuando el tiempo se haya encargado de borrar mi silueta, acuérdese usted de que á su lado quedan todavía seres (Por Tadeo.) cuya dicha puede usted labrar.

FAUSTA. (Muy conmovida.) No insisto más, y le suplico á usted que haga lo propio conmigo; porque si usted es muy dueño de destruir su propia obra, yo lo soy de conservar la mia. Viviendo con el recuerdo de una felicidad

soñada. (Váse.)

TADEO. Eres de roca.

MARCIA. ¿Pobrecita! Pues cuidado, que para hacerme llorar á mí!

LAZARO. ¡Ea! se acabó. Tome usted, doña Márcia, sus atrasos, y esto para que se compre usted una basquiña nueva. (Dándole dinero.)

MARCIA. Muchas gracias. (Ap.) (Rumboso lo es.)

LAZARO. Ahora sin pérdida de tiempo haga usted venir un coche.

MARCIA. Por horas?

LAZARO. Desde luego.

MARCIA. Ya pueden ustedes ir bajando, no hay otra cosa en la esquina. (Váse.)

ESCENA ÚLTIMA.

LÁZARO y TADEO.

TADEO. Es decir, que tu resolucion es irrevocable.

LAZARO. Es una resolucion que no tiene vuelta de hoja.

TADEO. Está bien, yo sé lo que hacer me toca.

LAZARO. Por lo pronto, ayúdame á bajar esto al coche. (Dándole un saco de noche y enganchando el otro en el brazo.) ¡Ah! cuando venga el bodegonero le regalas el cuadro. Quiero que todos participen de mi prosperidad. Conque andando.

TADEO. Dame. (Toma el saco y vuelve.)

LAZARO. (Acercándose á la ventana.) Allí está, me ha visto, se enjuga una lágrima. Y decir que el tiempo, que todo lo devora, hasta el dolor, se encargará de secarla y aun de trocarla en sonrisa! Este es el mundo... (Fausta toca al piano la polka de la escena primera.) ¡Ah! Capaz sería de guardarme constancia y fidelidad... Á que me quedo!... (Titubea, se acerca más á la ventana, siente que un objeto le azota la mejilla.) ¿Qué es esto? (Reconociéndole.) ¡Una hoja del rosal de su ventana! ¡Cómo! ¿ya caen? ¡Tan pronto! Adios, Fausta, adios... Yo me marcho con la música á otra parte. (Saca el flautin y váse acompañando la polka que toca Fausta y que sigue hasta caer el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala elegante en casa de D. Gaudencio: puertas laterales y otra en el fondo. En uno de los primeros términos un piano.

ESCENA PRIMERA.

AURORA y D. GAUDENCIO.

GAUD. ¡Como! ¿Estás aquí? Yo te hacía con tu aya recorriendo las tiendas.

AURORA. No, la he mandado á que me compre unos adornos, y hemos dejado para la tarde el visitar los almacenes Quiero que venga Fausta conmigo, á quien si lo permites, convidaré á comer.

GAUD. ¿Si lo permito? ¿Cuándo has visto que tu padre se oponga á tus deseos?

AURORA. Nunca, es verdad.

GAUD. Y mucho ménos en ocasiones como la presente, y tratándose de tu maestra de piano; á quien quieres como á una hermana.

AURORA. ¡Es tan buena! Y luégo tiene tanto gusto! Estoy segura yendo con ella de elegir las telas más bonitas y de ménos coste.

GAUD. Ya te he dicho que no escatimes nada, yo soy rico, y al casar á mi hija no he de mostrarme avaro.

AURORA. Qué amable eres!

GAUD. Los padres lo son siempre para con sus hijas cuando acceden á sus caprichos.

AURORA. Creo que en esta boda todos participamos de la misma satisfaccion.

GAUD. Ciertamente. Tadeo es un muchacho de excelentes prendas, que posee una regular fortuna y á quien le está reservado un brillante porvenir.

AURORA. Gracias á tus beneficios, pues encargado de sustituirle en tu visita, llegará con el tiempo á heredar tu clientela.

GAUD. Y apropósito, tarda bastante, y precisamente hay dos ó tres enfermos de alguna gravedad. Yo no tengo ganas de salir.

AURORA. ¿Te sientes mal?

GAUD. Todo lo contrario, y por eso mismo no quiero turbar mi dicha con el espectáculo del sufrimiento ajeno. El dia en que se fija la boda de mi Aurora, debe serlo de fiesta para su padre.

AURORA. ¡Ah, Fausta! (Viéndola entrar.)

ESCENA II.

DICHOS, FAUSTA, y á poco TADEO, entrando á remolque á DOÑA MÁRCIA.

FAUSTA. Hoy no es la maestra, sino la amiga, quien viene á verte, por lo tanto, y á título de felicitacion, recibe esta docena de besos.

AURORA. Con toda el alma. (Se besan.)

GAUD. Si hay alguno de non, acuérdese usted de que el padre es tambien de la familia.

FAUSTA. (Dándole la mano.) Doctor, si la manifestacion es otra, el sentimiento es el mismo. Conque dentro de un mes, señora casada?

AURORA. Sí, pero quién te ha dado la noticia?

FAUSTA. Tadeo, á quien hemos encontrado y que ha subido con nosotros.

TADEO. Señora, la digo á usted que tendrán un placer en ello.

GAUD. ¡Eh! ¿Qué pasa?

TADEO. Doña Márcia, que no se atreve á entrar á dar la enhorabuena á mi prometida, y no está deseando otra cosa.

GAUD. Pues no faltaba más.

FAUSTA. ¡Pobre vieja!

AURORA. Adelante.

MARCIA. Ya que usted lo permite, señorita Aurora...

AURORA. Deme usted un abrazo, yo no mido á las gentes más que por el corazon. (Se abrazan.)

MARCIA. Dios la bendiga! Mi alegría es inmensa, en primer lugar, porque veo contenta á mi señorita Fausta, á quien tanto debo.

FAUSTA. ¿Á mí? Calle usted.

MARCIA. Y despues... porque... vamos, aunque él esté delante, tan buenos los habrá, pero mejores que don Tadeo; ningun hombre nacido.

TADEO. Usted exagera...

MARCIA. Se acuerda usted cuando todavía era estudiante, que andaba siempre á la cuarta pregunta? Ah! El que va á hacer buena falta en esta fiesta es el pobrecillo don Lázaro.

FAUSTA. (Ap.) (Oh!)

TADEO. No me lo recuerde usté.

GAUD. Lázaro Villegas? ¿Aquel amigo tuyo tan original que se empeñó en que le dijera la hora y el minuto poco ménos en que había de tener lugar su muerte? Valiente tipo!

MARCIA. Pero, qué hombre, señor doctor.

GAUD. No era vulgar. ¿Y no has vuelto á tener noticias suyass

TADEO. Ninguna desde hace dos años que se marchó.

GAUD.. Ya se habrá muerto! Estaba perdido.

FAUSTA. (Ap. y conmovida.) (No lo querrá Dios.)

MARCIA. ¡Pobrecito! Lo primero que hizo en cuanto recogió su herencia fué mandarme dos mil reales para rapé, segun decía en su carta.

FAUSTA. ¿Qué tiene usted, Fausta? Está usted conmovida.

AURORA. No es nada, la impresion que le ha producido la nueva de mi boda.

GAUD. (Á Tadeo.) Y tú tambien te has quedado atónito.

TADEO. El recuerdo del pasado.

FAUSTA. (Ap. á Aurora.) (Sabe algo tu padre?)

AURORA. Ni una palabra. Tanto Tadeo como yo hemos respetado tu secreto.

MARCIA. Aún conservo yo el tambor y la trompeta que les servía á ustedes de llamador.

TADEO. Cómo ha cambiado todo!

MARCIA. Ni siquiera existe ya la casa; la derribaron para abrir la plazoleta. Los inquilinos, unos se han muerto, otros se han ido, y la pobre portera sin la caridad de este corazon de oro que larecogió. (Por Fausta) Ya hace tiempo que hubiera dado con su humanidad en un hospicio.

FAUSTA. Pero qué afan de hablar de cosas tristes en un dia como este!

AURORA. Tienes razon. Doblemos la hoja. Te prevengo que te quedas á comer con noostros.

GAUD. (Á Tadeo.) Tú tambien.

FAUSTA. Y mis lecciones á las de Nuñez.

AURORA. Doña Márcia irá á avisar que no te esperen.

MARCIA. Voy, señorita?

AURORA. Hágalo usté sin pedirla permiso. Hoy mando yo en jefe.

FAUSTA. Obedezco. (Á Márcía.) De paso, si no la molesta, tráigame usted el cuaderno que me dejé allí, donde está la fantasía á cuatro manos que deseas aprender. (Á Aurora.)

MARCIA. Corriente. Conque, señorita Aurora, para bien que sea y por muchos años.

AURORA. Gracias, doña Márcia.

MARCIA. Hasta luégo. (Váse.)

GAUD. (Á Tadeo.) No tengo aquí la cartera. Espérame, que voy á darte una lista de visitas. Yo hago hoy novillos.

TADEO. ¿Y cuándo no es pascua?

GAUD. La verdad es que me voy volviendo remolon. No se lo digas á nadie; pero ya tengo cincuenta y siete; tres napoleones, voy con la dinastía de los bonapate. (Váse.)

ESCENA III.

FAUSTA, AURORA y TADEO.

AURORA. Es decir, Fausta, que no has de venir nunca á la razon! El recuerdo de ese bendito Lázaro va á ocupar siempre tu vida, y bastará el pronunciar su nombre para que sientas comezon de desmayarte.

FAUSTA. He creido por un momento que tu padre tenía noticia de todo.

TADEO. Nunca le hemos hablado de nada. Conoce, sí, la amistad que nos unía; pero ignora absolutamente cuanto ha pasado entre los tres.

AURORA. Yo comprendo la constancia y la aplaudo; pero hasta cierto límite. ¿Vas á quedarte para vestir imágenes, porque á él se le haya ocurrido romper vuestros lazos?

FAUSTA. Ya sabes que no se manda al corazon.

TADEO. Es verdad. Y yo creo que en lugar de usted haría lo mismo, porque se necesita haber tratado á Lázaro para saber lo que valía; pero hay un punto en la conducta de usted que no merece mi aprobacion.

FAUSTA. ¿Cuál es?

TADEO. El que viva usté dependiente de su trabajo y sujeta acaso á privaciones cuando, merced á él, podría usted llevar una existencia tranquila y desahogada... ¿No le ha hecho á usted como á mí donativo de una pingüe fortuna?

FAUSTA. Sí; pero yo no puedo aceptar tales ofrecimientos sino de la persona cuya suerte vaya ligada á la mia.

TADEO. Ya hemos hecho cuanto humanamente es posible para dar con él y devolverle su dinero, pero todo ha sido inútil... ¿Es esto razon para que deje usted quince mil duros depositados en el Banco sin disfrutar siquiera de los intereses?

FAUSTA. Es mi deber.

AURORA. ¿Pero si Lázaro no existiera ya?

FAUSTA. El corazon me dice que vive, y el corazon no engaña

nunca al que le consulta de veras. Luégo, sin que esto sea hacerle á usted un reproche, me parece que á ser yo quien hubiera ido en su busca, no hubiera dejado de encontrarle.

TADEO. ¿Y qué más pude hacer? Decididos á rehusar la riqueza que él nos destinaba, corrí á Málaga, en donde me dijeron que Lázaro había trasladado sus fondos á París. El banquero francés me dirigió á otro de Roma, para cuyo punto había salido nuestro prófugo. De Roma pasé á Venecia y de Venecia á Trieste, en cuya ciudad ya perdí su huella.

FAUSTA. En fin, le esperaré. Y no nos ocupemos más de mí; hablemos de ustedes, de la ventura que les reserva el porvenir. Tú eres un ángel, Tadeo es muy bueno y Dios os debe la felicidad.

ESCENA IV.

DICHOS y D. GAUDENCIO.

GAUD. (Dando una nota á Tadeo.) Toma; no son más que cuatro. En una hora estarás libre y podrás volver á arrullar á tu tórtola. Date prisa, porque es tarde.

TADEO. (Despidiéndose.) Hasta ahora mismo, Aurora... Adios, Fausta.

AURORA. No te entretengas.

FAUSTA. Y sobre todo cuide usted de no confundir el recetario,

TADEO. No respondo de ello. (Váse.)

GAUD. Criatura más angelical ni de encargo. Conque aquí tiene usted á la futura esposa. Á ver cuándo podemos decir otro tanto de usted.

FAUSTA. No urge, don Gaudencio.

GAUD. ¡Ah! Se me olvidaba. Allí dentro tienes á la modista que viene cargada con multitud de blondas y telas. Dice que la ha hecho venir tu aya para que elijas no sé qué.

AURORA. Lega oportunamente, Fausta, vas á ayudarme, ven, ya tenemos en que ocuparnos hasta la hora de la comi-

da. (Á Gaudencio.) Á tí te avisaremos cuando la eleccion esté hecha.

GAUD. Sí, yo iré despues á tomar el pulso á los precios.

FAUSTA. Por fortuna no lo encuantra nunca alto.

GAUD. ¡Vaya! Anden ustedes, que si tardan ya no serán de moda los artículos que las traen.

FAUSTA. ¡Qué mordaz!

AURORA. ¿Vamos?

FAUSTA. Vamos. (Vánse.)

GAUD. Hé aquí un padre feliz, sí, muy feliz. Caso á mi hija con un hombre de bien, la doto espléndidamente, y me retiro á los cuarteles de invierno, sin las préocupaciones, y los quebraderos de cabeza de la paternidad en estado de viudez. Sepamos lo que pasa hoy en Europa. (Poniénose á leer un periódico.) Á ver si los estados que la componen han cambiado sus fronteras.

ESCENA V.

GAUDENCIO y LÁZARO, sumamente grueso, oveso casi y con una modifica cion en la barba que le desfigura totalmente.

LAZARO. ¿Da usté su permiso?

GAUD. ¿Quién? adelante.

LAZARO. El señor doctor Gonzalez?

GAUD. Servidor de usted... Tome usted asiento.

LAZARO. Mil gracias. (Se sientan ambos. Gran pausa, durante la cual Lázaro mira al doctor de hito en hito, este se resuelve en fin á romper el silencio.)

GAUD. Y... ¿En qué puedo servir á usted?

LAZARO. ¿Usted no me reconoce?...

GAUD. No señor, no tengo ese gusto.

LAZARO. Míreme usted bien; de frente, así.

GAUD. Nada, no caigo.

LAZARO. Pues yo me llamo Lázaro Villegas.

GAUD. ¡Cómo!! ¿Usted es don Lázaro Villegas? El pintor de la bohardilla... de...

LAZARO. El mismo.

GAUD. Pero, quién había de reconocer en esa humanidad a espectro de entónces?

LAZARO. Estoy gordito. ¿Verdad?

GAUD. ¡Jesús! Hombre, si no vuelvo de mi asombro. Qué alegría para todos sus amigos, y cuánto le agradezco á usted el que me halla consagrado esta visita...Viene usté, por supuesto, á establecerse en Madrid?

LAZARO. Diré á usted. Yo había, venido con el solo propósito de pegarle á usted un tiro.

GAUD. Qué? (Alarmado.)

LAZARO. Y marcharme en seguida; pero he cambiado de plan.

GAUD. ¿Pegarme un tiro? Pues qué daño le he hecho yo á usted!

LAZARO. Usted recordará que, cuando tuve el honor de consultarle acerca de mi enfermedad, le rogué que me dijese con franqueza el máximun de vida que me quedaba, á lo que me contestó uste que dos años. Confiado en su inteligencia y en su palabra, y deseando, pues para este solo objeto me asesoré de usted, hacer coincidir mi último dia de existencia con mi última peseta de capital, me puse á gastar mi fortuna de un modo desenfrenado.

GAUD. Era usted muy dueño de hacerlo.

LAZARO. Hice viajes, me saturé de trufas, ocasioné la alza de los vinos en los puntos por donde pasé; no gasté sino ropa interior nueva, tirando siempre la que me quitaba y mudándome diariamente. Apelé en fin á todos los recursos imaginables para que me viniese bien la cuenta, y la cosa iba bastante á mi gusto.

GAUD. Pues entónces?

LAZARO. Calma... Á los catorce ó quince meses, noté que se aumentaba mi volúmen, y, aunque aquella me dió que pensar, como no me era posible poner en duda ni la capacidad, ni la buena fe de usted, me dije: esto es que mi mal sigue su curso y que me voy á morir hinchado... Y continué gasta que gasta, de tal manera, que viendo los progresos que hacía, lo que yo juzgaba mi hinchazon, y creyendo mi fin más próximo, hasta me

mudaba dos ó tres veces al dia. En resúmen, el plazo espiró, y con él mi último real; y como lejos de morirme, ya ve usted qué sano y qué hermoso estoy, al encontrarme defraudado en mi esperanza, y engañado por usted, en lugar de matarlo como fué mi primera intencion, vengo á pedirle á usted que me devuelva los dos mlllones que me debe.

GAUD. ¿Qué? ¡Hombre, usted ha perdido el juicio!... Me viene usted haciendo cargos porque ha recobrado la salud?

LAZARO. Es que en el caso presente mi salud constituye mi mayor enfermedad.

FAUD. Cualquiera se equivoca en un pronóstico, y el que á mí me haya sucedido, no es razon para que me exija usted la restitucion de lo que usted se ha comido alegremente.

LAZARO. Usted podrá verlo así, pero yo opino que el médico debe tener una responsabilidad legal. De otro modo, cualquier Hipócates que quisiera deshacerse de una persona á quien odiase, no tendría más que mandarle al otro barrio, y con decir... le equivoqué el mal, quedaba todo concluido.

GAUD. Pues señor mio, como esa ley no está todavía promulgada, me permitirá usted que me ría de una pretension que por otra parte pacece una pura chanzoneta, hija del buen humor que le da su restablecimiento; porque cómo ha de tomarse por lo serio el que venga usted á pedirme dos millones que, si bien los poseo, como los he ganado con el sudor de mi frente, estoy en el deber de guardarlos para mi hija y para mí.

LAZARO. Ah! tiene usted una hija?

GAUD. Sí señor.

LAZARO. Entónces el caso es distinto. Yo no me opongo nunca á lo que es razonable; por consiguiente, vamos á transigir.

GAUD. ¿Transigir?

LAZARO. No me devuelva usted el capital, pero págueme usted los intereses.

GAUD. Me gusta la transaccion.

LAZARO. Pues si le gusta á usted es cosa concluida.

GAUD. Quiero decir que es absurda. ¡Ahí le voy á dar á usté cinco mil duros anuales, por el solo placer de quedarme sin ellos.

LAZARO. Pues amigo mio, yo tengo derecho á la subsistencia, y me veo sin un cuarto: usted me dijo, gaste usted, porque se muere, y no me he muerto; luego usted me ha engañado dándome la vida; y pues me ha dado la vida, muy justo es que me la pague.

GAUD. Hay para volverse tísico si no lo tomára uno á risa. Pero hombre de Dios, ya que de razonable blasona, cómo puede usted pretender que le entregue mi renta, privando de ella á mi hija y privándome yo?

LAZARO. ¿Y quién le pide á usté dinero?

GAUD. Como ha hablado usted de intereses!

LAZARO. Dinero! he manejado tanto en estos últimos meses que su sólo nombre me repugna.

GAUD. Pues entónces...

LAZARO. Su presupuesto de usted no va á alterarse de una manera sensible. Yo me vengo á vivir aquí; usted me mantiene, me viste y me calza. Ya ve usted que pido en justicia y que no puedo ser más moderado en mi pretension.

GAUD. Señor don Lázaro!

LAZARO. Es inútil argüir: á esta última proposicion no le admito enmienda; y tan decidido estoy á ello, que encontrándome fatigado del viaje me va usted á permitir que me retire á descansar. (Dirigiéndose á una puerta.)

GAUD. ¡Eh! que ese es mi cuarto.

LAZARO. No importa. Dado el egoismo de usted debe ser el mejor de la casa.

GAUD. Sabe usted, señor mio, que va usted á ponerme en el caso de dar parte á la policía y hacer que le encierren á usted por loco, cuando no por allanar el domicilio ajeno.

LAZARO. Hágalo usted en buen hora. Todo quedará reducido á

que me priven de libertad por tres ó cuatro dias; pero como al quinto saldré á la calle y en ella hemos de encontrarnos, con pegarle á usted un palo por cada millon que me niega, en el centro matemático del colodrillo, dejamos la cuenta saldada de una vez.

GAUD. (Ap.) (Y es muy capaz de hacerlo el muy bárbaro!)

LAZARO. Y advierto á usted que yo cumplo lo que ofrezco. Conque hasta despues, que llevo treinta y seis horas de ferro-carril sin pegar los ojos. No le molestarán á usted con la traida del equipaje; lo tengo todo encima como el caracol. (Ya en la puerta del cuarto.)

GAUD. Pero su conducta...

LAZARO. Mi conducta no tiene pero. Beso á usted la mano. (Váse cerrando la puerta.)

ESCENA VI.

D. GAUDENCIO, á poco AURORA.

GAUD. Oiga usted... ¡Y se encierra! Pues digo á usted que la cosa tiene gracia. Y él parece que lo toma muy formal! Se hace precisa una determinacion enérgica... aunque si despues cumple su amenaza!... Demonio de hombre! Si raro anduvo en la primera entrevista, la segunda no deja tampoco nada que desear.

AURORA. Papá, cuando gustes puedes venir á ver lo que hemos elegido; me parece que ha de gustarle.

GAUD. Sí, para ver trapos estoy yo.

AURORA. ¿Qué te pasa?

GAUD. Que me acaba de caer sobre el occipucio una teja en la forma de un cliente. Un original qué ha invadido mi casa y exige que le mantenga porque le equivoqué el pronóstico de su enfermedad.

AURORA. Pero es imposible.

GAUD. ¡Imposible!... Ahí lo tienes disponiéndose ha echar una siesta en mi propio cuarto.

AURORA. Calla! abren la puerta.

GAUD. Señor! Con qué nueva embajada me vendrá?

ESCENA VII.

DICHOS y LÁZARO, de bata y zapatillas.

LAZARO. Se me olvidaba decir á usted que me mande despertar á la hora de la comida. Ah! una señora... Á los piés de usted. (Ap.) (Es preciosa.)

GAUD. Caramba! esto se hace inaguantable. Pues no se ha puesto mi bata y mis zapatillas? Caballero, presumo que esta escena va á acabar en pugilato.

LAZARO. Míreme usted los bicepsos y atrévase.

AURORA. Por Dios, papá.

LAZARO. ¡Ah! Esta señorita es su hija de usted. Es realmente encantadora. Hágale usted mi presentacion.

GAUD. Que le presente á usted el moro Muza.

AURORA. Ten calma, por Dios, no te exasperes.

GAUD. Déjanos solos, Aurora.

LAZARO. ¡Aurora! Hasta el nombre tiene encantos. Es el crepúsculo de la mañana que sale á iluminar el segundo período de mi existencia.

AURORA. Pero...

GAUD. Vete. Hay que cortar de raíz este abuso.

AURORA. (Ap.) (Me da miedo. Si fuese un loco!...) (Váse.)

LAZARO. Qué talle! ¡Qué andadura!

ESCENA VIII.

D. GAUDENCIO y LÁZARO.

GAUD. Don Lázaro!

LAZARO. Don Gaudencio!

GAUD. No perdamos los estribos. Tranquila y razonadamente demos fin á una situacion que para cómica se prolonga demasiado, y para dramática no guarda el tono que la corresponde.

LAZARO. Tiene usted razon. Vamos á ocuparnos de la parte séria del asunto, ya que estamos conformes sobre los puntos ménos esenciales.

GAUD. ¿Qué?

LAZARO. Sentémonos. Deme usted un cigarro.

GAUD. Yo no fumo.

LAZARO. Pues yo sí; por consiguiente, acuérdese usted de dar las órdenes para que se me provea de dicho artículo.

GAUD. Conque expliquémonos.

LAZARO. Allá voy. El dia memorable en que me auguró usté un bienio como término de mi existencia, me impuso usted tácitamente un sacrificio que yo llevé á cabo en cumplimiento de mi deber.

GAUD. Un sacrificio?

LAZARO. Heróico. Figúrese usted que yo amaba perdidamente á una mujer de quien era correspondido y con quien esperaba compartir la dulzura de la existencia; pero al verme desahuciado por efecto de una enfermedad transmisible, le eché un candado al corazon y decidí dejar enmohecer aquel cariño en el sótano de los recuerdos.

GAUD. Y á mí qué me cuenta usted.

LAZARO. Pues á usted es á quien se lo cuento; déjeme usted seguir. Sabedor de que otra persona, dignísima por mil conceptos, aspiraba al amor de aquella mujer, y convencido de que en el mundo, donde todo se olvida, mi memoria no había de ser eterna por excepcion, me resolví á labrar la felicidad de entrambos y les impuse por condicion de cierto beneficio el que se uniesen en santa coyunda.

GAUD. ¿Y lo han hecho?

LAZARO. Es de presumir que sí.

GAUD. Pues ya tiene usted logrados sus deseos.

LAZARO. Sí, pero como no me he muerto, que era el objeto de mi conducta, me encuentro hoy con que ademas del dinero que me he comido, he derrochado un capital de sensibilidad, de cuya pérdida es usted tan responsable como de la de los bienes en especie.

GAUD. Á que va usted á exigirme una indemnizacion?

LAZARO. Es la cosa más natural.

GAUD. Hombre de Dios. Tome usted cuarto en Leganés y no

abuse usted de mi paciencia.

LAZARO. Caballero. El amor es una necesidad imperiosa en los animales de nuestra especie, y el matrimonio un deber moral, ineludible en el hombre constituido en sociedad.

GAUD. De modo que lo que usted quiere en resúmen, es casarse y que yo mantega á su mujer?

LAZARO. Y á mis hijos, porque yo estoy obligado á dar hijos á la patria, y usted no querrá obligarme á faltar á este deber de ciudadanía.

GAUD. Y ha elegido usted ya la novia?

LAZARO. Respecto á elegir, le diré á usted, que privado de fortuna y con esta facha incapaz de despertar la menor simpatía, no estoy en el caso de exponerme á reproches y prefiero tomar lo que me corresponde por derecho.

GAUD. Por derecho?

LAZARO. Usted es el causante de mi desgracia, justo es que la reparacion proceda de usted. El cielo le ha concedido una hija, y va usted á disponerlo todo para que mi boda con ella tenga efecto á la mayor brevedad posible.

GAUD. Este es el colmo de la insensatez! Darle yo á mi hija? Sacrificarle á mi Aurora?

LAZARO. No sacrificó Abraham á su hijo?

GAUD. Pero fué por mandato de Dios. En fin, mi hija tiene ya novio.

LAZARO. Se le da pasaporte.

GAUD. Y con qué derecho hace usted responsable á mi hija de las faltas que gratuitamente atribuye usted á su padre?

LAZARO. Con el que me da la Biblia, en la cual leo: «Los pecados de los padres, recaerán sobre los hijos hasta la cuarta generacion.» Conque si alguna queja tiene usted que formular, diríjase usted á Moisés, yo me voy á dormir.

GAUD. Escuche usted.

LAZARO. No escucho nada, mi resolucion es irrevocable. Yo no soy más que un cadáver que usted ha galvanizado; sufra usted, pues, las consecuencias de mis sacudidas.

GAUD. Don Lázaro!

LAZARO. Servidor de usted. (Váse cerrando la puerta.)

ESCENA IX.

D. GAUDENCIO, á poco TADEO.

GAUD. Y toma mi casa como país conquistado. Por supuesto que el tal prójimo tiene trastornado el juicio, sin embargo, su amenaza de desnucarme no deja de producirme cierta inquietud. Lo grande será cuando Tadeo sepa que éste solicita á... Pero qué estúpido soy! Es claro: si las majaderías de ese hombre me han hecho perder la cabeza. Tengo más que decirle que el prometido de mi hija es su amigo fraternal? Tadeo arreglará el asunto perfectamente. Aquí está, el cielo me lo depara.

TADEO. Ya he girado la visita. ¿Y Aurora?

GAUD. Por allá adentro anda eligiendo telas. Ven acá y prepárate á recibir una noticia de sensacion.

TADEO. Me alarma usted.

GAUD. Es grata, pero por lo mismo debes estar prevenido.

TADEO. ¿Hable usted? ¿Qué es ello?

GAUD. La llegada de una persona á quien quieres mucho.

TADEO. Mi padre?

GAUD. No. Álguien á quien no esperabas volver á ver?

TADEO. Cómo!... Si fuese!... Lázaro...

GAUD. El mismo.

TADEO. (Brincando de alegría.) Vive! Lázaro mio! ¿Dónde está? Yo quiero verle, colmarle de caricias.

GAUD. Déjale, ahora está descansando.

TADEO. Si no me atrevo á creerlo? ¿Y cómo está?

GAUD. Como un lechon.

TADEO. Qué? Se ha curado?

GAUD. Te digo que es imposible reconocerle. Ya verás.

TADEO. Gracias, Dios mio, gracias, qué alegría!

GAUD. No sé si haces bien en exclamar qué alegría!

TADEO. Por qué?

GAUD. Porque figúrate que so pretexto de que mi pronóstico

salió fallido, y de que por mi culpa se encuentra hoy sin un cuarto, se ha encajado en mi domicilio con la pretension de que yo me encargue de su subsistencia.

TADEO. Es un genial... no haga usted caso. Entre todos velaremos por su suerte.

GAUD. Sí, pero hay otra cuestion más grave.

TADEO. Cuál?

GAUD. Parece ser que en otro tiempo unos amores...

TADEO. Sí.

GAUD. Pues bien, ya no se acuerda de ellos.

TADEO. Ah! ¿La ha olvidado?

GAUD. Ha visto á Aurora, le ha gustado mucho segun dice, y á título de indemnizacion, se ha empeñado en que ha de casarse con ella.

TADEO. Qué?

GAUD. Amenazándome, de lo contrario, con romperme la cabeza allí donde me encuentre.

TADEO. Ama á Aurora!

GAUD. Eso pretende, pero en fin, afortunadamente su rival eres tú, y espero que en cuanto le abordes lograrás disuadirle de su doble propósito de enlace y de homicidio.

TADEO. ¿Yo?... Yo oponerme á su boda? Jamás!

GAUD. ¿Qué estoy oyendo?

TADEO. Privarle de un placer! ni pensarlo.

GAUD. Pues señor, ó yo estoy en Babia ó aquí se os han aguado los sesos á todos. ¿Tú dejarías que tu amigo se casara con mi hija y que te suplantara en el momento en que acaba de concertarse vuestro matrimonio?

TADEO. Qué duda cabe!

GAUD. Pero, hombre! ¿y los compromisos contraidos? ¿Y la palabra empeñada? ¿Y tus sentimientos por Aurora?

TADEO. Cuanto me diga usted, don Gaudencio, es inútil. Ante la idea de complacer á Lázaro todo me parece nada. ¿Á quién debo mi carrera sino á él? La pingüe fortuna de que disfruto, ¿quién me la ha dado? ¿No se impuso ademas un enorme sacrificio por labrar mi ventura? Pues

qué ménos puedo hacer por él que pagar con un poco de abnegacion los innumerables beneficios que me tiene dispensados?

GAUD. Es decir que cuando yo esperaba dar con un hombre que pusiese coto á los abusos de ese moderno Atila, me encuentro con un calzonazos que se deja birlar la novia faltando á todas las leyes de la formalidad y hasta del decoro.

TADEO. Don Gaudencio, el que usted no sepa apreciar la extension de mi gratitud, no es razon para que de ese modo me llene de denuestos.

GAUD. Cuando por semejante motivo se provoca una ruptura! Aquí tienes, Aurora. Suspende todas las compras, hija mia.

ESCENA X.

DICHOS, FAUSTA y AURORA.

AURORA. Cómo?

FAUSTA. Pues qué ocurre?

TADEO. ¿No sabe usted? Está ahí! Ha llegado. Yo no le he visto, pero parece que es otro. Viene lleno de salud. Está desconocido. (Á Fausta.)

FAUSTA. ¡Qué... Lázaro!

TADEO. Sí.

FAUSTA. ¡Ah! (Desvaneciéndose de alegría.)

TADEO. Fausta?

FAUSTA. No, no inquietarse. La alegría no mata. ¿Lázaro aquí?

AURORA. ¡Cómo!... Aquel caballero que estaba hace poco contigo? (Á Gaudencio.)

GAUD. Sí, el de la bata, el mismo. Ahora está echando una siesta.

AURORA. (Á Fausta.) Déjame abrazarte.

FAUSTA. Aurora mia!

TADEO. ¡Oh! felicidad suprema!

GAUD. Ni la llegada del Mesías se festeja más! Quieren ustedes explicarme lo que significan esos transportes?

AURORA. Es muy sencillo. Que Fausta ama á Lázaro apasionadamente.

GAUD. Sí?

FAUSTA. (Con cariñosa reconvencion.) Indiscreta.

GAUD. Pues á buena parte va.

FAUSTA. Qué?

GAUD. Que el tal sujeto es enamoradizo como un Tenorio y olvidadizo como un mal pagador. Hace un instante me hablaba de una jóven á quien amó con delirio y por quien emprendió su tarea de Judío Errante.

FAUSTA. Y bien?...

GAUD. Que ya no se acuerda ni del santo de su nombre.

FAUSTA. Oh!

TADEO. Cállese usted.

AURORA. Es imposible.

GAUD. (Á Aurora.) Tan no lo es, que verte, prendarse de tí y pedirme, digo mal, tomarse tu mano todo ha sido uno.

AURORA. Vamos, te chanceas.

GAUD. Y lo que me saca de mis casillas es que al dar parte á tu prometido de lo que ocurre, ha respondido este caballero, que si Lázaro te solicita, él no tiene inconveniente en cederle sus derechos. Háse visto cosa igual?

AURORA. ¡Caramba! Hasta ahí podrían llegar las bromas.

GAUD. Dice que le debe cuanto es, y que por nada se opondría al menor capricho suyo.

AURORA. Es eso verdad?

TADEO. Pues bien, sí. Nadie puede dudar de mi cariño hácia Aurora; sin embargo, es mayor mi reconocimiento por Lázaro. Me resisto á creer que haya podido olvidar á la que tanto amó un dia; no obstante, si así ha sucedido, y que uno mismo es hoy el objeto de nuestro amor, al cederle la preferencia no hago sino pagar una deuda sagrada que tengo contraida con él.

AURORA. Pero dale, bola; si yo no admito el cambio. Tú puedes quererle mucho, pero hasta cierto punto.

GAUD. Pues hija, te quedaste sin novio, porque lo que es él se muestra muy decidido.

FAUSTA. Sería este el premio de mi constancia.

GAUD. El mismo premio se ha llevado la que fué el ídolo de su culto.

AURORA. ¿Quién?

GAUD. Esa ha sido abandonada.

AURORA. ¡Cómo! ¿No has comprendido que Fausta y ella son la misma?

GAUD. No, si segun me contó, á aquella la había obligado á casarse.

TADEO. Sí, conmigo; pero ni Fausta tenía cabida en su corazon para otros hombres, ni á mí me era dable profanar el que fué santuario de su cariño.

GAUD. Pues entónces estamos tocando el violon á ocho manos.

TODOS. Qué?

GAUD. (Á Aurora.) Porque al ver que Fausta está soltera y que le sigue siendo constante y fiel...

AURORA. Es verdad; prescindirá de mí.

TADEO. Y me ahorrará un sacrificio.

GAUD. Y á mí una descalabradura.

AURORA. Y te casarás con él. (Á Fausta.)

TADEO. Y yo contigo. (Á Aurora.)

GAUD. Y todos seremos felices.

FAUSTA. Poco á poco. Hay un fondo de buen sentido en lo que acaban ustedes de decir, y confieso que esa idea me seduce; pero no es ménos cierto que el suponerme capaz de olvidarle me infiere un agravio que merece castigo, y que por grato que á todos nos sea la explicacion que ahora damos, no debemos abandonar á la impresion del momento sin cerciorarnos ántes de que no cometemos un error.

TODOS. ¡Cómo!

FAUSTA. Si verdaderamente yo no viviera ya en su recuerdo. Si esa simpatía por Aurora fuese sincera...

GAUD. Ni pensarlo; se quiere casar por indemnizacion.

FAUSTA. Quiero convencerme de que aún puedo ser venturosa. ¿Me dejan ustedes poner en juego un plan que abrigo?

TODOS. Sí.

AURORA. Sobre todo si en él entra el convencer á Tadeo de que una mujer y un amigo son dos cosas diferentes.

GAUD. Y qué se propone usted?

FAUSTA. Sondear su corazon.

GAUD. De qué manera?

FAUSTA. Segun oí hace poco se ha operado en él un cambio notable.

GAUD. Es materialmente imposible reconocerle.

FAUSTA. De modo que si fingimos hablar con un extraño...

GAUD. Será lo más verosímil del mundo.

FAUSTA. Pues bien, va usted á llamarle sin pronunciar su nombre, pues hay que dar por supuesto que usted no nos lo ha dicho. Nosotros, principiando por mí, á quien ha de costar más violencia que á nadie el hacerlo, vamos á recibirle como á un indiferente.

AURORA. Á mí no me será difícil. No le conozco.

TADEO. Con tanto deseo que tengo yo de darle un abrazo!... Es cruel!

FAUSTA. Usted le presenta á Tadeo como prometido de Aurora y el resto corre á mi cargo, secundada por ustedes. ¿Estamos conformes?

GAUD. Sí.

TADEO. Desde luégo.

AURORA. Qué duda cabe?

FAUSTA. Pues mucha discrecion y manos á la obra.

TADEO. Á mí me da algo en cuanto le vea.

FAUSTA. Que no se diga que una pobre mujer es más fuerte que un hombre. Tome usted ejemplo de mí.

AURORA. Yo me pondré á su lado para darle valor.

GAUD. Estamos listos?

TODOS. Sí.

GAUD. Pues allá voy. (*Llamando á la puerta del cuarto.*) Caballero! Caballero!

ESCENA XI.

DICHOS y LÁZARO.

LAZARO. (Dentro.) Eh! ¿Quién llama?
TADEO. Es él! su voz no ha cambiado!
GAUD. Tenga usted la bondad de salir un momento.
LAZARO. (Dentro.) No hay medio de echar una siesta en esta casa.
TADEO. Siempre tan dormilon. Tiemblo como un cascabel.
AURORA. Y bien... ese corazoncito... (Á Fausta.)
FAUSTA. Saltándome del pecho.
LAZARO. Ya salgo.
GAUD. Prevenidos, que se acerca.
AURORA. Firmes. (Á Fausta y Tadeo, que vacilan.)
LAZARO. (Saliendo con el traje con que apareció en su escena primera.) ¿Me llama usted para comer?
TADEO. (Ap.) (Lázaro de mi alma!)
FAUSTA. (Ap.) (No creí que la prueba fuese tan dura.)
GAUD. No señor, aún es temprano. Solicito su presencia de usted para ventilar un asunto de familia.
LAZARO. ¡Ah! (Reparando en los otros y saludando.) Servidor de ustedes.
TODOS. Caballero!
LAZARO. (Ap. emocionado.) (Qué veo! Tadeo! ¿Fausta? (Lázaro hace un movimiento hácia ellos, que Tadeo quiere secundar; pero Fausta le detiene y aquel se para despechado por la indiferencia de sus amigos.)
TADEO. (Ap.) (Pobrecillo! ¡Qué gordo está!)
FAUSTA. (Ap.) (Se ha conmovido!)
LAZARO. Cómo! no me reconocen? Prueba evidente de que el afecto no habla en ellos ya. Oh! pues no he de ser yo quien me descubra. (Ap. á Gaudencio.) (Ha dicho usted á estos señores quién soy yo?)
GAUD. (No, ninguno creo que le conoce á usted; ah, sí, Tadeo; pero no es posible que haya dado con su amigo á través de tanta enjundia.
LAZARO. (Ap. á Gaudencio.) Pues haga usted el favor de nombrar-

me, tengo en ello un interés especial.)

TADEO. (Ap,) (No nos dice una palabra! Ingrato!)

FAUSTA. (Ap. á Aurora.) (Mi plan surte efecto. El despecho le hace enmudecer.)

AURORA. (Ap. á Tadeo.) (No lo mires tanto.)

TADEO. (Ap. á Aurora.) (Si me da un gusto verle esos mofletes.)

LAZARO. Y de qué se trata?

GAUD. De presentarle á usted al futuro de mi hija, á quien no puedo convencer de que usted solicita casarse con ella.

LAZARO Cómo! Este caballero es...

GAUD. Don Tadeo Vega, uno de los médicos más acreditados de Madrid.

AURORA. (Ap. á Fausta con quien ha estado hablando en voz baja.) (Comprendo; quieres atraerle con el desden? Cuenta conmigo.)

LAZARO. Y esta señorita?

GAUD. Fausta. La amiga íntima de mi Aurora y su maestra de piano.

LAZARO. (Ap.) (Qué hermosa está!) (Á Tadoo.) Caballero, yo ignoraba...

TADEO. Yo tambien... pero... habrá modo de arreglarnos.

LAZARO. Cómo!

AURORA. (Ap. á Fausta.) (Va á echarlo á perder.)

FAUSTA. (Ap. á Aurora.) (Sí, habla tú.)

AURORA. Pues bien, señor don...

LAZARO. Tranquilino. Yo me llamo Tranquilino. (Desde este momento Aurora y Fausta ponen en ejecucion su plan, mientras que Tadeo y Gaudencio no hacen sino lo que aquellas les indican por medio de apartes y señas.)

AURORA. La llegada de usté no ha podido ser más oportuna, ni su demanda mejor acogida. Figúrese usted que con el ascendiente que tiene mi padre sobre Tadeo, y con la obediencia que yo le tributo, se había empeñado en casarnos creyendo labrar nuestra dicha.

GAUD. Yo?

AURORA. Sí, tú, no quieras vindicarte.

GAUD. (Ap.) (Ah! ya caigo, empieza la farsa.)

AURORA. Pero como ninguno de los dos nos amamos...

TADEO. Ni pizca.

AURORA. Ambos bendecimos á la Providencia que le ha traido á usted á nuestra casa para impedir un sacrificio.

TADEO. Por partida doble.

LAZARO. Yo celebro, señoríta, haber contribuido á... (Ap.) (Demonio! Yo no la creía soltera y ahora voy á caer en el lazo que yo propio me he tendido.)

FAUSTA. (Ap. á Aurora.) (Ya tartamudea; este es el momento de aventurar el ataque.)

LAZARO. No; es necesario que los hechos se aclaren. (Es tan bonita y la quiero más que nunca.)

AURORA. Mi alegría es tanto más grande cuanto que al lograr mis deseos con una roptura realizo los sueños de mi amiga entrañable.

TODOS. Cómo?

AURORA. Que Fausta y Tadeo están locamente enamorados.

GAUD. Qué?

LAZARO. (Ap.) (Ah! todo se olvida en el mundo.)

TADEO. Sí... nos queremos atrozmente. (Pobrecito, qué mal rato le hacemos pasar.)

AURORA. Pero el uno ahogaba sus sentimientos por deferencia hácia mi padre, y la otra mataba su pasion por un exceso de delicadeza muy mal comprendido.

LAZARO. Es posible?

AURORA. Que lo diga ella.

FAUSTA. Pues bien, sí, á qué negarlo. Si no he hecho á Tadeo dueño de mi mano, como ya lo era de mi corazon, es porque he creido deber pagar un tributo, si no de cariño que, nada siento ya por él, al ménos de reconocimiento hácia el pobre Lázaro.

LAZARO. Aguarde usted... Yo he conocido en mis viajes á un Lázaro.

GAUD. (Ap.) (Yo lo creo.)

LAZARO. Sí; y precisamente me ha hablado de su pasion por una Fausta, profesora de piano.

AURORA. Mi amiga.

LAZARO. Aquel se llamaba Lázaro Villegas.

TODOS. El mismo.

TADEO. Qué casualidad.

FAUSTA. Y sigue tan enfermo?

LAZARO. Todo lo contrario, señorita. Está totalmente restablecido. Pero permita usted que en la gracia de amistad que me profesó, y de las confidencias que me hizo, la diga, que mal paga usted el culto que él dedicaba á su recuerdo.

FAUSTA. Y qué más he podido hacer?

AURORA. Has de pasar esperándole toda la vida?

LAZARO. Acaso él lo hace así.

FAUSTA. El hombre es voluble, y yo sé que Lázaro no brilla por la constancia.

AURORA. Y luégo tengo entendido que era un ente extrambótico.

FAUSTA. Lleno de rarezas.

TADEO. Con un genio insoportable.

FAUSTA. Celoso.

AURORA. Pagado de sí mismo.

TADEO. Egoista.

GAUD. Muy mal pintor. (Ap. á Lázaro.) (Les hago coro para que no sospechen quien es usted.)

LAZARO. (Ap. á Gaudencio.) (Gracias.)

FAUSTA. Un hombre que dice quererme, y me abandona imponiéndome por condicion que me case con otro.

AURORA. Y que te insulta mandándote una dote.

TADEO. Y á mí tambien.

AURORA. Por cierto que ha sido buena tonta en no querer tocar ese dinero, y seguir llevando una vida de privaciones en la esperanza de volverle á ver, y entregarle con su fortuna tu corazon.

FAUSTA. Pero hoy, todo ha cambiado, y estoy resuelta á aprovecharme de las circunstancias.

AURORA. Muy bien que harás.

TADEO. Y viviremos á su costa.

AURORA. Porque es tonto.

FAUSTA. Y voluble.

GAUD. Y pendenciero.

AURORA. Nada. Cuanto ántes la boda, en la que este caballero, que de su amigo se precia, tendrá representacion en su nombre.

LAZARO. Señorita, con calma aparente les he dejado á ustedes formular su juicio y llenar de dicterios á un hombre, que aunque no conociera, el concepto que le merece á ustedes, no se arrepentiría nunca de haber criado ingratos. Pero el afecto que le profeso, la consideracion que me inspira la desgracia y los deberes que la amistad me impone, no me permiten permanecer más aquí. El nombre de ese Lázaro á quien se ultraja, reciban ustedes. Fausta, los votos que él hace por su ventura, aun á trueque de herir aquel corazon en el que siempre tendrá usted elevado un altar. Usted caballero, (Á Tadeo.) este abrazo fraternal, en el que sólo viene á interponerse la ingratitud, para morir ahogada por la vehemencia del cariño. Ustedes su perdon. (Á Aurora y D. Gaudencio.) Su adios á todos. (Yéndose, los demás le detienen.)

AURORA. Pero oiga usted.

LAZARO. Es inútil.

FAUSTA. Un momento.

LAZARO. Jamás.

TADEO. Ha confundido usted...

LAZARO. Dejadme! No hay amistad, no hay amor.

GAUD. No se vaya usted así.

TADEO. Nadie le ha olvidado.

TODOS. Nadie.

LAZARO. ¿Y quién me lo prueba? Adios. (Váse.)

TODOS. Lázaro, Lázaro.

FAUSTA. Ah! (Asaltada por una idea se sienta al piano y ejecuta la polka del acto primero.)

AURORA. Qué haces?

FAUSTA. Le llamo. (Se oye dentro el flautin que acompaña la polka.) ¡Ya es mio!

AURORA. Aquí está.

TODOS. Lázaro. (Este reaparece tocando el flautin; todos le rodean y se abrazan.)

LAZARO. Fausta mia!...Tadeo de mi alma.!. ¿Me quereis todavía? ¿No sueño?

TADEO. No, abrázanos, todo fué una farsa para atraerte al buen camino.

FAUSTA. Y en castigo de haber dudado de nosotros.

LAZARO. No mata la dicha, pues yo vivo aún!

AURORA. Dentro de un mes las dos bodas.

LAZARO. Sí, pero doctor, haga usted por rebajarme un poco estas carnes.

GAUD. Descuide usted, yo respondo de ello.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA MÁRCIA, con un cuaderno.

MARCIA. Señorita! Aquí tiene usted el cuaderno.

LAZARO. Doña Márcia.

MARCIA. Jesús! Don Lázaro hecho un tocino! ¡Ay, usted dispense, pero en un rapto de alegría!...

LAZARO. No es la mia menor. Me aman todos! Tenemos dinero!... Nos vamos á casar... Nos... Doña Márcia... présteme usted una peseta.

MARCIA. Prefiero darle á usted un abrazo.

LAZARO. Apriete usted y... abrazadme todos. Me hace falta el calor de la familia. (Se abrazan.) ¡Ay, qué bien sabe esto! Comprendo al inglés que despreciaba la fortuna al verse privado de su hijo. Mañana voy á empezar un cuadro, que será el último de mi vida, que destinaré al museo de Lóndres en recuerdo de mi protector. El asunto será bíblico y el título alegórico. Se llamará...

TODOS. Cómo?

LAZARO. LA RESURECCION DE LÁZARO.

FIN.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde.
ɔnes vitalicios........................	3	D. Enrique Zumel.....	»
corazon de una madre.............	3	José Luis Clot.......	»
esclavo de su culpa..................	3	J. Antonio Cavestany.	»
tabernero de las Vistillas ó manolos y franceses..............................	3	D. R. G. Santisteban...	»
z bien......	3	Miguel Echegaray...	»
mancha en la frente................	3	Sres. C. S. Bravo y Estéban Garrido.......	»
que no puede decirse...............	3	D. José Echegaray.....	»
s bandidos de la Corte de los Milagros.	3	Juan Belza..........	»
alistas y Puritanos....................	3	José Luis Clot.......	»
isas y lágrimas!....................	3	L. Mariano de Larra. .	»
vir á escape.....	3	R. G. Santisteban...	
ece de febrero.	4	José María Diaz.... .	»
s bandidos de la córte de los Milagros.	5	Juan Belza..........	»

ZARZUELAS.

da ó muerte..........................	1	Sres. Navarro y Nieto...	L. y M.
tre locos.........	1	D. J. Gaztambide......	L y M.
vecchia Zitella.......................	1	Sres. R. del Castillo y N. Manent............	L. y M.
voz pública...........................	1	Coll y Britapaja y G. Cereceda....... .	L y M.
laurel de oro..........................	2	Granés, Navarro....	L.
buena ventura.	2	Álvarez. y Vehils....	L. y M.
criada....................................	2	Vidal y Navarro y Esther............	L. y M.
asarse tocan..........................	3	D. José Inzenga........	M.
ı Juan Tenorio.	3	Sres. Zorrilla y Manent..	L. y M.
panadera del Campillo.............	3	C. Nuñez y Granés...	L.
campanas de Carrion...............	3	Larra y Planquette..	L. y M.
sobrinos del capitan Grant.........	3	D. M. Fdez. Caballero..	M.

Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto tituladas *matrimonio secreto; En el cuarto de mi mujer; En la sombra; La nieta l zapatero; La voz del corazon; Very Well,* y la mitad de *El laurel de Zúbia;* el libro de la zarzuela en un acto *El sargento Lozano,* y el de la en s llamada: *Una cancion de amor,* obras de D. Antonio Hurtado.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.